

Riverwalk, Chicago

# Madison y Kenton, Chicago

Héctor Antonio Sánchez

EN LA PRIMAVERA DE 2014 realicé un viaje de treinta días por los Estados Unidos. Fue en principio una estancia académica; visitaría los murales de José Clemente Orozco y Diego Rivera: los ciclos de Dartmouth College en New Hampshire y de la New School for Social Research en Nueva York, del jalisciense; el conjunto del Detroit Institute of Arts del guanajuatense.

Ya antes había conocido las metrópolis de la Costa Este: Boston, su callado encanto nórdico; la convivencia de barrios coloniales con el sueño afrancesado de la Avenida Franklin en Filadelfia; el extraño y a ratos horrendo delirio ilustrado que es Washington, D.C. y, desde luego, la vastedad proteica de Nueva York —Babilonia de hierro, sí, pero también de tabique y argamasa: pues ¿acaso no son hermosos sus viejos edificios por la altura inaudita del ladrillo, que evoca al zigurat?—.

Y antes, mucho antes, a mis veinte años, había estudiado un semestre en un pequeño campus en Virginia, cercano a los montes Apalaches, que eran visibles desde la orilla del pueblo, en la carretera: un poblado a dos horas de D.C., donde conocí el sopor del verano de Norteamérica, con sus nubes púrpura elevándose como Elías en su carro de fuego, el otoño de árboles flamígeros y un invierno que confunde las líneas de calles y avenidas bajo el espesor de un solo blanco.

Algo fue, sin embargo, nuevo en mi incursión de 2014: la decisión feliz de adentrarme en el Medio Oeste americano. Imposible desarrollar aquí todas las impresiones de mi periplo. De Filadelfia pasé a Pittsburgh: allí algo pareció enrarecido. Como un preludio de lo que estaba por venir, en Pittsburgh confluían la pujanza de los sectores financiero e inmobiliario, típica del Este, con los barrios arruinados —pero, también, hermosos en su ruina— de un poderoso pasado industrial venido a menos: un fantasma que recorría las calles de Cleveland y de Toledo, Ohio. Si Cleveland fue para mí el testimonio de una gran urbe que va perdiendo los rasgos propios por la erosión de sus finanzas, Toledo, más estrecho, era un sitio que se iba imantando de una atmósfera casi espiritual: avenidas desoladas donde uno topa de repente la inaudita presencia, espectral acaso, de otro ser humano —que recela de nosotros, que jamás nos mira—; estructuras bajas, de dos plantas a lo sumo, trazadas sobre una retícula de calles paralelas, que aspiran tal vez a contener en su cuadratura el espectáculo de un cielo muy azul, muy alto: un cielo inamovible y nunca visto, cuya transparencia algo debe a la proximidad de los grandes lagos.

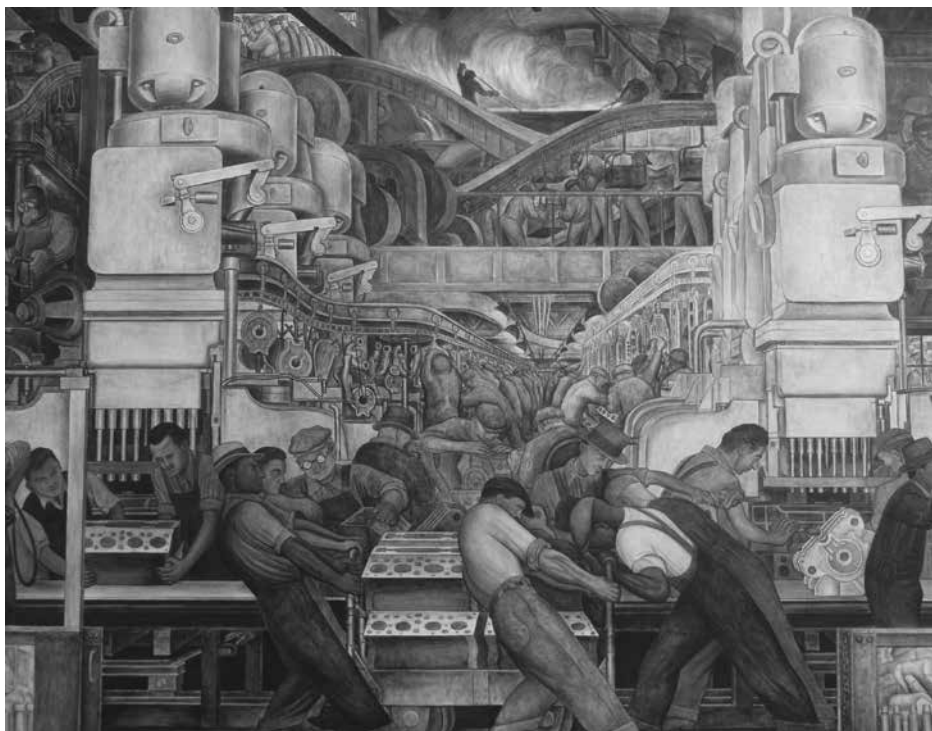
Nada de ello podía alertarme de lo que Detroit ofrecería a mis ojos. No imaginaba que estaría en mi destino visitar un día las ruinas de una ciudad de la era moderna. Mas ¿cómo nombrar, si no, a esos rascacielos en abandono renovados por el grafiti, a los teatros otrora fastuosos convertidos en estacionamientos, a las mansiones devastadas en vecindarios antes florecientes?

En el hostel me hice amigo de Jörg —un noruego— y juntos visitamos el Institut of Arts, anclado en el centro de la ciudad como un barco a la deriva, donde él me mostró el arte vikingo y yo le mostré la obra de Diego Rivera y le hablé del muralismo mexicano. Pero ¿puede haber tal cosa como una explicación del muralismo?

En *Detroit Industry*, Rivera realizó un portentoso elogio de la máquina y la industria modernas: una síntesis en que, por el avance de la ciencia y la técnica, el trabajador ocupa un sitio de dignidad en una sociedad de que es constructor primordial. Es una hermosa redención y una ingenuidad. En cambio, en la Baker Library de Dartmouth College, entre los hermosos paneles que componen la *Épica de la civilización americana*, Orozco pintó una máquina sofisticada y más bien mefítica, sin aparente función, que se cierne como una profecía sobre el destino de la humanidad: una suerte de hibridación entre las estructuras de la fábrica y del armamento.

No es difícil responder quién de nuestros pintores avizó el horizonte con mayor acierto: me recuerdo aún caminando con Jörg por calles espectrales y violentas —tremendamente visibles, un rubio y un latino entre una población casi en su totalidad negra—, como dos sobrevivientes a un cataclismo, dos visitantes en una ciudad posterior al Apocalipsis. Y vimos mendigos ir y volver sobre su misma cuadra, sin esperanza ya de recibir ayuda, y tiendas donde los encargados se protegían tras grandes rejas, y grandes extensiones de lotes baldíos. Jeffrey, responsable de nuestro hostal, nos explicó tanto despoblamiento: como en otros sitios vandalizan teléfonos públicos, las pandillas han incendiado las casas deshabitadas de Detroit. Por diversión. Por tedio.

Pensada desde Chicago, última estación de mi tranvía, Detroit pareció una mala broma de mi mente, una conflagración de lecturas dantescas. Pues en la Ciudad del Viento se respiraba un aire más puro: un aire salino, insuflado por el verde lago Michigan. Y era fácil la conmoción ante la excelencia de su arquitectura, el vibrante ritmo de metrópoli, la línea elevada del metro: un tren avanzando entre edificios y rascacielos, abriéndose paso por el centro de la ciudad, penetrándolo: un tren más bello que la Victoria de Samotracia.



Diego Rivera, detalle del mural *Detroit Industry*, Detroit Institut of Arts

¿No había nacido aquí el primer rascacielos de nuestro mundo? ¿No era así Chicago una premeditación de Nueva York, y de las sucesivas y codiciadas torres de nuestra era? No podemos ya saber cuál fuera el destino de la arquitectura sin el terrible incendio de Chicago. Pero la ciudad, como el Ave Fénix, debió elevarse desde sus cenizas hasta la conquista de las alturas, temerosa de una nueva hecatombe: la modelaron por igual el deseo de amplias avenidas —donde el fuego no pudiera otra vez propagarse—, el exponencial encarecimiento del suelo y, claro, el anhelo de un estilo propio. El fuego de Chicago fue el alfa y el omega: surgió de él la metrópolis moderna. Con todo, el hombre no se desdibuja en la ambición de sus volúmenes. Sabiduría de la arquitectura: hay altos edificios, sí, pero forman justamente ellos el cerco que contiene el espacio, y crea pequeños claros que dan medida humana a la megápolis.

Una mañana, buscando las casas de Frank Lloyd Wright en Oak Park, tomé una ruta equívoca, que me dejó en su término, la esquina de Madison y Kenton. No era sitio para visitantes: calles desoladas, de atmósfera densa, donde era fácil intuir la marca de la pobreza y aun del crimen. Detroit volvió a mi mente, como un filo. Ví aproximarse a una mujer negra, con un niño a la mano. Le pedí ayuda: titubeó un instante, se detuvo. Debe de haber visto el temor en mi rostro. Un acento difícil, y las indicaciones para llegar a mi destino por la

vía más segura. Una sonrisa tímida: pasos que se alejan bajo el mediodía helado.

Y fue en la humildad de aquel sitio, ante la contundencia de esa imagen, donde se agolpó el aprendizaje de todo de mi periplo, y tuve frente a mí las dos orillas de esa América: la prosperidad en las postales y los sitios de turistas, y la pobreza y el hambre de sus suburbios y ciudades del interior, de una belleza otra, parecidas a mi propia ciudad de origen, un enclave industrial arruinado en el sur de Veracruz. ¿Cómo, luego de tantas incursiones en los Estados Unidos, no me había planteado esa pregunta ya ineludible? ¿Por qué volvía, siempre? ¿Acaso porque amo ese país? ¿Pero no he sido, en cuanto mexicano, enseñado más bien a repudiarlo? ¿No es inadmisibles para un mexicano confesar que ama los Estados Unidos?

(Y: ¿qué significa ser mexicano? ¿Significa, también, ese odio?)

Ví a la mujer alejarse, y pensé en su rostro receloso y gentil, y en cuantos despreocupados o coléricos, incólumes y sufrientes rostros había visto en esas semanas: en Jeffrey, en Jörg, en los indigentes de Detroit, en la enorme dignidad de seres como yo en su infatigable travesía por este mundo en que todos somos visitantes, en busca de la felicidad, hambrientos, ansiosos, pero generosos también, esperanzados. Sí: ellos, del lado favorable de la frontera. ¿Y si un día pudiéramos olvidar, por un instante, las calles de nuestra identidad, los rasgos de nuestro propio rostro, las fronteras de nuestro cuerpo? ¿Es posible, la fábrica fraternal e ingenua de Rivera? ¿O debe triunfar, inexorablemente, la máquina bélica de Orozco?

Sentí una conmoción en esa encrucijada adonde asistía, también, la América que yo representaba. Luego, con mayor aplomo, sin temor, dejé para siempre aquella esquina. Quedaban aún algunas jornadas a mi viaje. ■■■



Allegheny County, Pittsburgh.  
Fotografías: Héctor Antonio Sánchez